



EL BARCO
DE VAPOR

SERIE RODARI

Veinte historias más una

Gianni Rodari

Ilustraciones
de Fran Collado



Primera edición: julio de 2010

Edición ejecutiva: Paloma Jover
Coordinación editorial: Berta Márquez
Revisión editorial: Carolina Pérez
Coordinación gráfica: Lara Peces

Título original: *Venti storie piú una*
Traducción: Consuelo Gallego

© Maria Ferretti Rodari y Paula Rodari, Italia, 1980
© Edizioni EL S.r.l., San Dorligo Della Valle (Trieste), 2008
© de las ilustraciones: Fran Collado, 2010
© Ediciones SM, 2015
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

● 1

TERESITA-LA-QUE-NO-CRECE

TERESA ERA TAN DIMINUTA y graciosa que parecía un juguete, y todos la llamaban Teresita. Vivía con sus padres y con su abuela en un pueblo de montaña. Siempre estaba contenta. Caminaba bailando y hablaba cantando.

–¿Estás contenta, Teresita?

Estaba contenta de estar en el mundo.

Al cabo de un tiempo nació un hermanito, al que llamaron Anselmo, y siempre era Teresita quien le llevaba en brazos a ver las flores, a tocar a la vaca, que está muy gorda pero no hace daño a nadie, o a buscar un huevo fresco en el gallinero.

Un día estalló la guerra. El padre de Teresita tuvo que partir como soldado y no volvió nunca más. Su madre y su abuela se abrazaban desconsoladas, y Teresita preguntó:

–¿Por qué lloráis?

–Pobre Teresita –respondió la abuela–, pobre Anselmito, vuestro papá ya no regresará.

–¡Pero yo no quiero! –gritó Teresita–. Papá es muy bueno y yo le quiero mucho. Escribiré al rey para que le ordene que vuelva, porque quiero verle ahora y que se quede siempre con nosotros.

–El rey ya no puede hacer nada por tu papá –dijo la abuela.

–El rey le envió a la guerra, la guerra ha terminado y el rey la ha ganado. Pero nosotros la hemos perdido, porque tu papá ha muerto.

–No es justo –protestó Teresita, roja de ira–. Este mundo no es justo, y yo no quiero estar en él.

–Hija mía –dijo su madre–, cuando crezcas, comprenderás muchas cosas que ahora no puedes entender.

–No quiero comprender, no quiero saber nada –gritó Teresita entre sollozos–, y tampoco quiero crecer. Quiero ser pequeña toda la vida.



Y así fue: desde aquel día, no creció más. Se quedó como estaba, pequeña, graciosa y triste. Anselmo le llegó al pecho, luego a los hombros. Ya caminaba y corría solo, cada día estaba un poquito más grande. Pero Teresita nunca crecía.

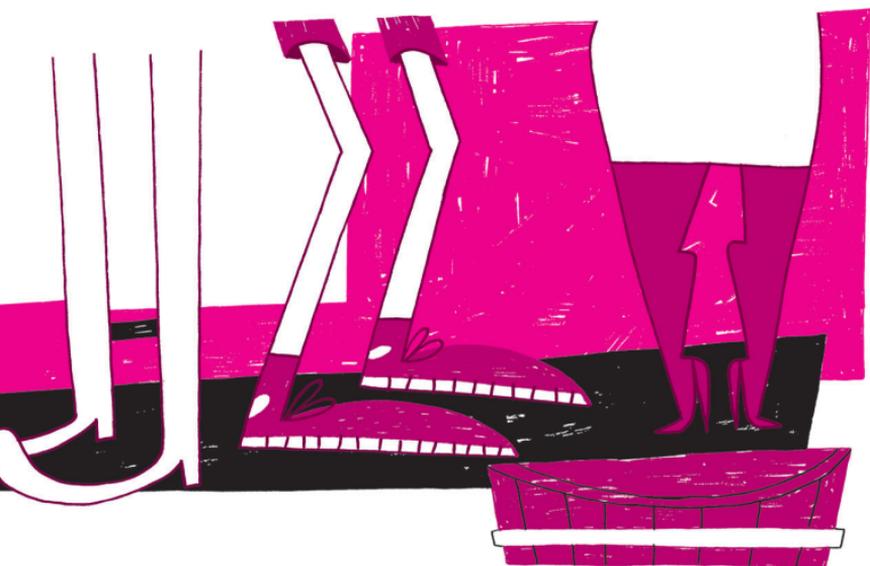
–No quiero tener nada que ver con este mundo tan injusto –decía.

La gente comenzó a llamarla «Teresita-la-que-no-crece». Las niñas que habían sido pequeñas con ella se habían convertido en bonitas muchachas, altas y fuertes, y empezaban a bordar la ropa del ajuar para el día en que se casaran.

–Teresita –le decían–, si te quedas así de pequeña, nunca te casarás.

–No quiero casarme.

–Si te quedas así de pequeña, los chicos no te darán ninguna serenata.



–No quiero serenatas.

–Ni siquiera podrás ponerte zapatos de tacón.

–No quiero zapatos de tacón, me gustan más mis zuecos.

Las demás chicas se reían, y Teresita huía a esconderse en el pajar. Allí se pasaba los días enteros, pensando, hasta que le empezaba a doler la cabeza. Sin embargo, no encontraba ningún motivo para cambiar su decisión de quedarse pequeña para siempre.

Mientras tanto, su madre, en parte por el dolor y en parte por el cansancio, enfermó gravemente y tuvieron que llevarla al hospital. En casa todo el trabajo se lo llevaba la abuela, que ya estaba muy mayor. Qué pena le daba a Teresita ver andar a su abuela por el camino, encorvada bajo el haz de leña.

–Pobre de mí –decía la abuela, cargando el agua de la fuente–, ya no puedo con estos cubos. Si al menos tú, Teresita, fueras un poco más grande, podrías ayudarme.

Teresita, a escondidas, intentó levantar un cubo lleno de agua, pero no pudo. Intentó llevar sobre los hombros un pequeño haz de ramas, pero se cayó y se hizo un rasponazo en la rodilla.

–Paciencia –se dijo entonces–. Me tendré que resignar a crecer un poquito. Pero solo un poco, lo

suficiente como para ayudar a la abuela. Ni un centímetro más. Y luego me pararé de nuevo.

Y así lo hizo. Se dejó crecer un palmo, cogió los baldes y se fue a la fuente. La abuela, cuando la vio regresar con los cubos llenos, ligera, como si tuviera las manos vacías, le dio un enorme beso.

—Te lo agradezco, Teresita, eres muy buena. Mira a ver si puedes echar un poco de heno a la vaca. Me duelen mucho los brazos y la bielda es muy pesada.

Teresita fue al establo, que se encontraba justo debajo del pajar, y cogió la bielda con las dos manos. Parecía de plomo, y Teresita no pudo levantarla lo suficiente para coger el heno del pajar.

—Paciencia —se decía entonces—. Creceré otro poquito, lo suficiente como para ocuparme del establo en lugar de la abuela, pobre abuela. Pero luego me pararé y no creceré ni un solo centímetro más.

Y así lo hizo. Ahora era casi tan alta como sus compañeras, pero la gente, por costumbre, la seguía llamando «Teresita-la-que-no-crece». La gente, cuando inventa un apodo, no lo olvida fácilmente.

Pero esa vez, para variar, la gente tenía razón. Teresita, después de haber crecido dos palmos, se había parado de nuevo, y el sobrenombre le pegaba de maravilla.

Su madre todavía seguía en el hospital cuando la abuela murió. Teresita se quedó sola con Anselmo,

que ya estaba en el primer curso de primaria. Ella tenía que despertarle por la mañana, estar pendiente de que se lavara los dientes, debía prepararle la cartera y la comida, llevarle a la escuela, hacer la compra, cocinar la comida, limpiar la casa, hacer las camas, ocuparse de la vaca y de las gallinas, cavar en el huerto... Demasiadas cosas para sus pocas fuerzas. A mediodía ya estaba cansada, y aún tenía por delante varias horas de trabajo.

Al llegar la noche se le cerraban los ojos de sueño, pero todavía tenía que lavar los platos, planchar el uniforme de Anselmo, remendar sus pantalones.

–Tendré que resignarme –se decía Teresita–. Creceré un poquito más, lo suficiente como para ayudar a Anselmo hasta que vuelva mamá. No hay nadie más para cuidar de él, solamente yo. Él todavía es demasiado pequeño para cuidar de sí mismo.

Y así lo hizo. Creció otro palmo, y las tareas le parecieron de repente más ligeras. Alguna vez, al mirarse en el espejo del armario para ver lo alta que estaba, se entristecía enormemente, murmurando para sí: «¡Vaya una firmeza de carácter, Teresita! Habías decidido quedarte pequeña, y aquí estás; dentro de nada no cabrás en el espejo».

Sin embargo, enseguida ahuyentaba su mal humor y volvía al trabajo, pensando: «He crecido, pero

no lo he hecho por mí. No tengo nada que reprocharme».

Su madre volvió del hospital completamente curada. Encontró la casa en orden, a Anselmo sin rotos en los pantalones, a Teresita tan crecida que no la reconocía, y se puso muy contenta. Pero Teresita no le permitió que moviera un dedo:

–Quédate ahí disfrutando del sol –decía–, que ya estoy yo aquí para hacer lo que haya que hacer. Recupera fuerzas, y si te aburre estar sin hacer nada, ve a dar un paseo por el bosque.

Pero en casa, ahora que de nuevo eran tres, había más trabajo y Teresita no podía hacerlo todo.

–Paciencia –se decía–. Todavía tengo que crecer un poquito más. No lo hago por mí, lo hago por ayudar a mamá, para que no enferme otra vez.

Y así lo hizo. Y ahora ya estaba tan alta como sus compañeras; en fin, era una de las chicas más altas



y bonitas del pueblo. Si hubiera crecido un centímetro más, la gente le habría encontrado otro sobrenombre: quizás la Pértiga, o a lo mejor la Vara.

Sus amigas se lo decían riendo:

–Teresita-la-que-no-crece, ahora tienes que pararte de verdad. Si creces más, serás más alta que los chicos, y ninguno querrá casarse contigo.

–¡Qué cosas tenéis! Yo ni siquiera pienso en los chicos.

Teresita no pensaba ni en los chicos ni en sí misma: solamente pensaba, como siempre había hecho, en ayudar a quien lo necesitaba. Ahora estaba contenta por haber crecido, porque podía ayudar a mucha gente. Cuando su madre tomó de nuevo el mando de la casa, y ella estuvo un poco más desahogada, Teresita comenzó a ocuparse de una anciana vecina que no tenía a nadie que la ayudara.

Toda la gente del pueblo que necesitaba ayuda empezó a dirigirse a Teresita-la-que-no-crece. Unos la llamaban para una cosa, otros para que los ayudara en otra: Teresita, siempre dispuesta y de buen humor, nunca decía que no a ninguno.

Un día se supo que en la montaña se había instalado un temible bandolero. Él mismo fue quien se dio a conocer. Se plantó en el pueblo armado hasta los dientes, ordenó que le entregaran un kilo de oro y se sentó en la escalinata de la iglesia a esperar.

–Como falte un solo gramo –amenazaba–, quemaré vuestras casas una por una.

Nadie se atrevía a enfrentarse a él. Las mujeres comenzaron a recopilar anillos, pendientes y cadenas de oro para reunir el peso exigido. La mujer del tendero había prestado su balanza para pesar el oro, y no paraba de explicar que ella, al prestar la balanza, ya había cumplido con su deber, por lo que conservó todas sus joyas.

Teresita, en cambio, iba por las casas y por los campos dando ánimos a los hombres:

–¡Vamos! ¡Id todos juntos, la unión hace la fuerza! Vosotros sois muchos, y el bandolero es uno solo.

–Es uno solo, sí, pero va armado –respondían los hombres temblando–. Es mejor hacer lo que nos dice y tenerle contento.

Teresita insistía, desesperada:

–Pero ¿qué sois: hombres o borregos?

Ninguno le hacía caso. Uno tras otro, los hombres volvían la cara para no dejar ver cómo se ruborizaban de vergüenza.

–De acuerdo –dijo Teresita–, ya pensaré yo en algo.

Volvió a casa y se puso delante del espejo.

«Todavía deseo crecer un poco más», pensó con todas sus fuerzas. «Quiero convertirme en una gigante».

De repente empezó a crecer. Creció hasta que tocó el techo con la cabeza, pero esto no era suficiente, y salió al patio para poder crecer libremente. Cuando llegó hasta el tejado se paró, se echó una ojeada, pero aún no había quedado satisfecha.

–Creeceré hasta el camino –decidió.

Y así fue. Ahora estaba segura y preparada para llevar a cabo lo que tenía pensado hacer.

Fue algo muy sencillo. Le bastó con llegar a la plaza y que el bandolero la viera. Este, cuando vio que un gigante se le venía encima, dejó caer la escopeta y echó a correr. Sin embargo, Teresita le alcanzó de cuatro zancadas, le agarró por el pescuezo, le sentó en el campanario y le ordenó:

–Ahí quieto. Ni se te ocurra moverte hasta que vengan los guardias a apresarte.





El villano, por miedo a caerse, cerró los ojos y contuvo el aliento.

Teresita miró a su alrededor, vio a la gente salir corriendo de sus casas, oyó los gritos de alegría, los vítores de las mujeres y los niños, se dio la vuelta y se dirigió hacia su casa.

«Esta vez la he hecho buena», pensaba. «Por ayudar a los demás me he metido en un buen lío. ¡Una gigante! Me he convertido en un monstruo. Bueno, alguien tenía que hacerlo».

Entonces, en ese momento sucedió algo extraordinario. A cada paso, Teresita perdía una buena parte de su tremenda estatura. Un paso tras otro, la gigante empequeñecía, para dar lugar a la Teresita de

antes, tanto que ya podía entrar en casa sin agachar la cabeza y podía sentarse a tomar aliento sin romper la silla. Era la Teresita de siempre, una de las chicas más altas y bonitas del pueblo. La gente que iba a felicitarla no podía creer lo que veían sus ojos.

—¿Cómo lo has hecho, Teresita-la-que-no-crece?

Teresita sonreía sin decir nada. Era una chica demasiado sencilla como para saber que quien lucha contra la injusticia se convierte en un gigante, sin dejar de ser una persona normal. Pero estaba contenta, y se sentía en paz con el mundo porque había podido hacer algo para borrar un poco de su maldad.

● 2

PESA-DE-MÁS Y PESA-DE-MENOS

UNA MAÑANA, el rey de aquel reino se despertó con unas enormes ganas de ir de caza.

–He soñado con ciervos –dijo a su ministro–. Venían a comer de mi mano. Un buen sueño siempre es una buena señal. Da órdenes en los establos para que ensillen a mi caballo Morito.

El caballero encargado de cuidar a Morito era Galindo, un joven diligente y trabajador que mantenía el caballo limpio y sin un solo insecto en la crin ni en la cola. Pero cuando aquella mañana Galindo fue a ensillarlo, Morito había desaparecido. Llama que te llama y Morito no aparecía. Alguien le había oído relinchar en mitad de la noche. A alguien le había parecido oír el ruido de una puerta.

–Deben de haberlo robado.

–Y ahora, ¿quién se lo dirá al rey?

El rey se enfureció terriblemente y ordenó meter a Galindo entre rejas durante tres días; al cuarto día, si no se encontraba a Morito, Galindo moriría.

El ministro fue de nuevo a las cuadras para meter a Galindo en prisión, pero el caballero también había desaparecido.

—Alguien debe pagar —decidió el ministro—. Meteré en la cárcel al caballero mayor y la suerte de Galindo será la suya.

Galindo se había escondido en la ciudad, en la taberna de un amigo suyo, temiendo la cólera del rey. Cuando se enteró de que otro estaba en peligro de muerte por su culpa, quiso correr a entregarse, pero el tabernero le disuadió:

—Será mejor —le dijo— que vayas en busca del caballo. Si lo encuentras, salvarás la vida del caballero mayor y también la tuya.



–¿Pero dónde buscarlo?

Mi mujer ha soñado que un caballero salía al galope por la puerta de Oriente. ¿No será que a lo mejor ha oído, mientras dormía, el sonido de los cascos de un caballo? Inténtalo por ahí.

Galindo se metió en el zurrón un pan y una botella de vino y salió por la puerta de Oriente. Caminó durante toda la mañana. Hacia el mediodía se sentó a la sombra de un roble para almorzar. Entonces oyó una voz que decía:

–¡Sácame de aquí! ¡Sácame de aquí!

Se dio la vuelta y vio un agujero. Dentro del agujero había un hombrecillo de poco más de medio metro, delgado como una vara, con el rostro ceñudo.

–¿Qué haces ahí dentro?

–¡Estoy cazando topos! Sácame y te lo contaré todo.

Galindo le tendió una mano, pero para sacarlo tenía que tenderle también la otra y hacer fuerza con las rodillas.

–¿Tienes una idea de lo pesado que eres?

–Claro que lo sé. Me había quedado dormido a la sombra y mi peso ha excavado este agujero.

–¿Cómo te llamas?

–Pesa-de-más.

–Un nombre muy apropiado para ti. Así, a ojo, no diría que pesas más que un pajarillo.

-¿Y tú quién eres?

-Soy Galindo, y voy de acá para allá haciendo esto y aquello.

-Iré contigo, ya que no tengo nada que hacer.

Galindo y Pesa-de-más caminaron durante toda la tarde y al atardecer se sentaron a merendar a la sombra de una higuera. Mientras comían, oyeron una voz que imploraba:

-¡Sacadme de aquí! ¡Sacadme de aquí!

-¿Dónde estás?

-Aquí, en la higuera.

Levantaron los ojos y vieron a una especie de gigante, gordo como un botijo, encima de la rama del árbol. Era la rama más fina, pero sostenía a aquel hombretón sin siquiera doblarse una pizca.

-¿Por qué no saltas desde ahí tú solo?

-Porque soy demasiado ligero. Me he quedado dormido a la sombra de la higuera y el aire me ha empujado hasta aquí arriba.

-¿Cómo te llamas?

-Pesa-de-menos.

Le bajaron de la higuera y compartieron el pan y el vino con él.

-¿Hacia dónde os dirigís?

-Hacia aquí y hacia allá -y le contaron toda la historia.

-Iré con vosotros, ya que no tengo nada que hacer.

Los tres se pusieron de nuevo en camino: Pesa-de-más y Pesa-de menos iban cogidos de la mano; así, el primero se sentía más seguro de no hundirse, y el segundo, de no echar a volar.

Al caer la noche llegaron a un castillo totalmente negro y sin ventanas.

–No tiene muy buena pinta –dijo Galindo–, pero es demasiado tarde para ir a buscar una posada. Tendremos que dormir aquí.

Según se acercaban para llamar al portón, el puente levadizo empezó a subir, chirriando.

–Nos quieren dejar fuera –dijo Galindo–. Pensad qué podemos hacer.

Pesa-de-menos dio un salto y se agarró al último tablón del puente; Pesa-de-más se agarró a los pies de Pesa-de-menos y con su peso lo obligó a bajar otra vez. Los tres atravesaron el puente levadizo, mientras una voz descortés los insultaba:

–¡Mendigos! ¡Pordioseros! ¿Andáis buscando problemas? Id a dormir a la pocilga.

En la puerta del castillo había una figura alta vestida de negro, con un sombrero apuntado decorado con signos extraños.

–Ten cuidado –le susurró Pesa-de-menos a Galindo–. Podría ser un mago.

Pero Galindo aguzaba el oído, tenía el corazón en la boca: a lo lejos le había parecido oír un relin-

cho; creía haber reconocido la voz de Morito. Fingió que no pasaba nada y saludó amablemente al señor del castillo, haciendo una reverencia.

–Somos tres pobres caminantes. Solamente os pedimos un plato de sopa y un jergón.

–¿Me habéis tomado por un posadero? Soy el mago Magón, para vuestra información, y en mi casa no hay jergones, solamente colchones de lana.

El mago los acompañó a la cocina y les ofreció, re-funfuñando, las sobras de una sopa de cebolla. Después los acompañó a lo alto de una torre, les mostró las camas y se fue, cerrando la puerta con tres llaves.

Los tres amigos se acostaron en su lecho con la intención de dormir. Pesa-de-menos se ató una mano



a la cama para no salir volando, Pesa-de-más se amarró una mano al techo para no hundirse. Al cabo de un minuto, ambos estaban roncando. Pero Galindo seguía despierto y con el oído atento. En mitad de la noche, oyó de nuevo el relincho lejano y dedujo que venía del sótano.

–Es Morito, no hay duda. ¿Cómo podré liberarlo?

Se pasó toda la noche pensando, pero no conseguía imaginar cómo esquivar al mago y recuperar el caballo.

A la mañana siguiente, el mago Magón los despertó temprano.

–Levantaos –ordenó– y ocupaos de vuestros asuntos, que yo tengo mucho que hacer.



–¿Algún encantamiento, por ejemplo? –quiso informarse Galindo–. Vuestra señoría debe de ser un mago de los más poderosos.

–Puedes decirlo bien alto –dijo Magón riendo, encantado con el cumplido–. ¿Quién si no habría sabido reconocer en un caballo cualquiera, encerrado en una cuadra real, a un caballo volador?

–¡Qué maravilla! –dijo Galindo–. Así que ahora Morito volará...

–Volará, volará –respondió el mago–. La operación está casi terminada. Solamente me queda arrancarle un pelo de la crin y otro de la cola... Pero tú... ¿Qué sabes de Morito? ¿Quién eres? ¿Quiénes sois vosotros tres? ¡Ahora lo entiendo: habéis entrado a traición en mi castillo para robarme! Pues bien, os daré una lección.

Ya estaba a punto de pronunciar un encantamiento, cuando Pesa-de-más le saltó encima de un pie con todo su peso, arrancándole un grito de dolor.

–Ya veo –dijo entonces el mago–. Tenéis ganas de pelea. En ese caso, peharemos.

–¿Un desafío leal? –preguntó Galindo.

–Un desafío leal. El que venza se quedará con Morito.

Subieron al salón y el mago, llamando a un criado, hizo que le trajeran una balanza.

–Veamos quién pesa más –anunció con un guiño.

–De acuerdo –dijo Galindo–. Escoged entre nosotros tres a vuestro adversario.

El mago miró a Galindo, miró al gigante que estaba a su izquierda, miró al enanito que tenía a su derecha.

–Elijo a aquel –dijo señalando al pequeño Pesa-de-más.

Galindo se inclinó. El mago se subió a la balanza, susurró un encantamiento y el criado comenzó a poner pesos en el otro platillo. Un quintal, dos quintales, tres quintales... Cuando llegó a diez quintales, el mago se bajó de un salto de la balanza y se echó a reír.

–Vamos a ver qué sabéis hacer vosotros.

Pesa-de-más, sin mirar la balanza siquiera, posó encima un solo pie. Un quintal, dos quintales, diez quintales... Cuando llegó a quince quintales, retiró el pie de la balanza y se sonó la nariz.

El mago Magón echaba chispas por los ojos.

–Habéis ganado la primera prueba –dijo–. Veamos qué hacéis en la segunda. Ahora comprobaremos quién pesa menos.

Hizo que le trajeran otra balanza. En un platillo puso una pluma, en el otro se tendió él mismo: la pluma resultó más pesada.

–Ahora te toca a ti –dijo el mago señalando al regordete.

Esta vez estaba seguro de ganar. Pero Pesa-de-menos cogió la pluma, la cortó en diez pedazos, tiró nueve y puso en la balanza solamente el décimo. Luego se posó de un salto en el otro platillo y aquel trocito de pluma resultó mucho más pesado que él, tanto que Pesa-de-menos salió volando hasta el techo y se hizo un chichón en la cocorota. El mago, que jamás había desconfiado de aquel juego de encantamientos, cayó de rodillas temblando y pidiendo piedad.

–Os daré la mitad de mis tesoros –lloraba.

–Lo único que quiero es que me devolváis a Morito –respondía Galindo.

–Os daré mi castillo, mis tierras –ofrecía el mago.

–Devolvedme a Morito y me daré por contento.

–Os entregaré mi varita mágica.

Pero no hubo nada que hacer. Magón tenía que devolver el caballo y renunciar a las esperanzas que se había forjado sobre él: con un caballo volador a su disposición, se habría convertido en el hombre más poderoso y rico del mundo.

Galindo y Pesa-de-menos se montaron a la grupa de Morito; Pesa-de-más se tuvo que conformar con ir trotando detrás agarrado a la cola, y así, paso a paso, los tres amigos emprendieron el camino de vuelta. En medio de su alegría, habían olvidado que, con

una pequeña operación, habrían podido transformar a Morito en un caballo volador.

En palacio fueron agasajados con grandes festejos. El rey mandó liberar al caballero mayor, abrazó a Galindo y le dijo:

–Quiero recompensarte por tus méritos. Veo que vienes con dos amigos. Uno de ellos está gordo como un botijo. Te daré todo su peso en oro. ¿Estás satisfecho?

–Majestad –dijo Galindo–, sois demasiado bueno conmigo. Yo no necesito tanto oro. Dadme solamente lo que pesa mi amigo el pequeño.

El rey le abrazó otra vez, porque era más bien ta-caño y ya estaba un poco arrepentido de haber prometido demasiado.



Mandó traer una balanza. Pesa-de-más se sentó en uno de los platillos y la gente, al verlo, se echó a reír. Muchos decían que Galindo era un pobre bobalicón, que en su lugar habrían sabido aprovecharse de su suerte mejor que él, etcétera, etcétera.

Cuando el tesorero del rey empezó a poner el oro en el otro platillo de la balanza, la gente se echó a reír otra vez; ahora, por un motivo muy distinto. Hizo falta la mitad del tesoro real para apenas mover el platillo de Pesa-de-más. El rey se había puesto pálido y se tiraba de los pelos de la barba.

Finalmente, no pudo resistirlo más.

–Prended a esos tres impostores –gritó– y metedlos en el calabozo.

Fue justo entonces cuando Galindo recordó las palabras del mago. Arrancó un pelo de la crin de Morito, arrancó otro de la cola, se subió de un brinco sobre la grupa del caballo y salió volando hacia el cielo. Pesa-de-menos, raudo y veloz, dio otro salto para reunirse con él. Pesa-de-más se agarró a sus pies. Y todo el mundo se quedó allí con un palmo de narices viendo al caballo volador irse lejos, muy lejos, volando sobre los tejados y llevándose consigo a Galindo, Pesa-de-menos, Pesa-de-más y la balanza cargada de oro.

● 3

MIGAS FRITAS

HABÍA UNA VEZ UN REY. Se llamaba Adalberto Vigésimo, pero le llamaban el Centésimo porque era muy avaro: ni siquiera se ponía la corona, por miedo a desgastarla. Reinaba en el país de Murlandia y tenía cincuenta y nueve años, uno menos de sesenta.

Unos meses antes de su sesenta cumpleaños, mandó llamar a su primer ministro, el conde Astuto, al que llamaban también el Taimado, y le habló de esta manera:

–Escucha, Taimado. Dentro de poco será mi fiesta de cumpleaños y el pueblo, naturalmente, querrá hacerme un regalo. Yo no quiero saber qué me van a regalar, porque si no, no sería una sorpresa, y sin sorpresa no hay placer, y sin placer ni siquiera la tarta sabe rica. Sin embargo, te advierto: no quiero un regalo estúpido como los que me hacen siempre.

–Majestad, ¿y aquella corona de oro tan bonita que os regalamos el año pasado?